

CAPITULO 1

DAN

Junio 2013, Los Angeles.

Cuando a Dan le dijeron que tenía que ir a Islandia, tras el rastro de otra nave espacial, se le helaron las entrañas. Aunque había volado en primera clase, el viaje de Los Angeles a Keflavik se le hizo pesado. Se quejó de que aquellos aviones estuvieran obsoletos y de que el sistema de aeropuertos fuera deficiente y de que le hubiesen obligado a quitarse las camperas y el cinturón con la hebilla de la bandera confederada dos veces y al final le dijo al tipo que se sentaba a su lado: “Perdición”.

Al tomar tierra y escuchar que el comandante anunciaba diecisiete grados centígrados de temperatura exterior, se lo tomó como una broma. Se pensaba que los islandeses vivían en iglúes. El taxista hablaba perfectamente en inglés y al llegar al hotel, el guía ya lo estaba esperando en el *lobby*. Era joven y de expresión inocente.

Hizo el *check in*, subió a la habitación, abrió el equipaje, echó un buen trago de su petaca y salió con un maletín metálico.

En lo alto del glaciar Vatnajökull, el aire era tan puro que costaba respirar. Dan oteó el horizonte con los prismáticos y, manteniendo el cigarrillo entre los labios, dijo para sí: “*Jeezus*, el leviatán se está fundiendo”. El guía, que observaba con curiosidad su laboratorio móvil, le preguntó si era de la NASA y él, tocándose el sombrero de *cowboy*, le respondió:

–Nah, soy un estrella de rock.

Tras tres días infructuosos de búsqueda, lo único que le quedó claro fue que hasta en Islandia se estaban quedando sin nieve por culpa del cambio. Así pues, dio por concluida la expedición.

De regreso a Reykjavík, en lo alto de un lujoso *Lincoln Navigator*, sacó el último botellín de alcohol de la guantera, se lo bebió de un trago y eructó. El guía, que todavía tenía acné en la cara, sonrió tímidamente y Dan dijo: “Vegas”. Luego se durmió y no se despertó hasta que pasaron frente a una tosca construcción de color azul turquesa.

–*Jeezus*, ¿qué es eso? –preguntó, alzando las gafas de sol.

–Es una fábrica de aluminio –respondió el chaval.

–Pensaba que las instalaban en países pobres, que no tienen más remedio que venderse al mejor postor, ya sabes.

–Aquí nos las introdujeron como una gran fuente de riqueza –dijo el guía, soltando un chasquido con la lengua. Se dio cuenta de que a los islandeses les encantaba hacer chasquidos de ese modo.

Dan leyó que en su chaqueta ponía su nombre: “Björgvin”.

–Björgvin, esa riqueza ya la tenéis. ¿Sabes quién verá esos ingresos?

–Seguro que el pueblo no.

–Correcto. El pueblo únicamente se quedará con la tierra yerma. Te lo digo por experiencia. Algún día regresaré y discutiremos sobre eso –cerró los ojos y volvió a quedarse dormido con la boca abierta.

El coche paró bajo la fachada *Art Deco* de su céntrico hotel. Dan se desperezó y estiró sus largas piernas. Su *Rolex* marcaba las cinco de la tarde. Subió a la habitación, dio un trago de tequila a su petaca, se sentó en la cama e hizo una llamada.

–Teniente Monroe al habla –respondió una voz al otro lado de la línea.

Dan lo puso al corriente de la situación. No había encontrado ni rastro de la nave y estaba harto del *Niblum*.

Al colgar, se sintió totalmente vacío. Cualquier otro en su lugar, tras lo que le había pasado, se habría suicidado; pero él antes que nada quería venganza, quería llevarse a unos cuantos por delante, quería perdición.

Salió al exterior y se encendió un cigarrillo. La bandera de Islandia ondeaba en lo alto y hacía sol. Le sorprendió la cantidad de gente que andaba por la calle. El olor a barbacoa, que flotaba en el ambiente, despertó su apetito. Pasó por una tienda que ponía: “Cerrado por buen tiempo” y le pareció gracioso. Cruzó un parque y se puso al final de la cola de un puesto de *hot dogs*. “¿Tanta cola para comerse un hot dog?”, se extrañó. La chica que tenía delante le dijo:

–Clinton se comió una *pylsa* aquí.

A él le daba un poco igual, pero asintió y, cuando llegó su turno, se pidió lo mismo que Clinton y la chica, y no estaba tan mal. El chaval que le sirvió le recordó vagamente a River Phoenix.

–Oye, River, ¿vendéis cerveza aquí?

El chico alzó las cejas, pero luego mostró su dentadura como un abanico.

–No, señor. Para eso tendrá que ir a los bares. Todo lo bueno está prohibido en este país –dijo, guiñándole un ojo y dando un chasquido.

Más tarde volvió a encontrarse con la chica.

–¿Te ha gustado la *pylsa*? –preguntó ella, tenía los ojos azul-gris.

–Vegas –respondió él, desde lo más recóndito de su nuevo caparazón.

–Llevas una ropa muy *cool* –dijo, chascando con la lengua y observando su camisa negra con vírgenes estampadas–. Oh, y los rostros de esas vírgenes, ¿son calaveras? –viendo que él no reaccionaba, añadió–. Voy a una fiesta muy *underground*. A lo mejor aparecen Tarantino y Damon Albarn.

A él le daba un poco lo mismo. La miró de arriba abajo y dijo, con voz cavernosa:

–Texas.

–Te vendría bien, parece que lleves una gran pena por dentro. ¿Estás por aquí de vacaciones?

–Tengo unos cuantos conciertos.

–Ah, ¿eres músico?

–Algo así. Me llaman el hombre orquesta.

–¿Americano?

–Mexicano –dijo, ajustándose el sombrero.

–¿Mexicano? Pues nadie lo diría por tus ojos verdes y el pelo tan lacio.

–*I don't care* –dijo él, abrumado.

Dan echó otro trago de la petaca y se alejó para que no le hiciera más preguntas.

Tras vagabundear un poco se encontró frente a la moderna iglesia Hallgrímskirkja y la estatua de Leif Eriksson, descubridor de América del Norte; sus ojos bascularon desde lo alto de la cruz del edificio, que se veía desde toda Reykjavík como una pirámide maya, hasta la empuñadura de la espada del vikingo. En su imaginación, ambas siluetas se fundieron.

Después bajó hasta la avenida principal, Laugavegur y le llamó la atención una tienda de vestidos japoneses y apoyó la mano en el escaparate y sintió una punzada de *Nostalgia* y pensó que si Cleo estuviese viva le habría regalado uno.

Dio otro trago a la petaca, continuó su camino con su andar desgarbado y dijo:

–Perdición.

Vio a un grupo de chicos rubios, vestidos con trajes oscuros que parecía que iban de fiesta y los siguió instintivamente. En aquel momento se paró un autocar lleno de turistas con anoraks de colores, se apearon en medio y Dan empezó a empujarlos y se indignaron y a él le dio un poco lo mismo y cuando vio que Los “Beckam” cruzaban otra avenida ancha, que desembocaba en el mar, y se metían en un club gritó:

–Vegas.

Asomó la cabeza por la puerta y preguntó si allí vendían alcohol. El portero sonrió y dijo que “por supuesto”. Alzó el cordón de seguridad y subió a la primera planta.

La media de edad de la clientela no bajaba de los treinta. Una chica, de melena platino, se puso a bailar frente a él y le preguntó si conocía la canción que sonaba. Él dijo:

–Texas.

–No. ¡Son *FM Belfast!* El cantante es un primo mío –replicó ella, escandalizada.

Siguió avanzando hacia la barra. El suelo, de láminas de madera, crujía bajo el peso de sus botas de piel de caimán. Se acodó en la barra central y miró la carta. Se quitó las gafas de sol, pero el tequila había cegado sus ojos. Oyó que alguien pedía un cóctel *Diablo Margarita* y se pidió lo mismo más una cerveza de botella, para quitar la sed.

Le sirvió un camarero con una lágrima tatuada en la cara y le dijo que le gustaba, pero el tipo o era sordo o también llevaba una gran pena interior.

La gente vibraba a su alrededor. Le zumbaban los oídos y vio a los “Beckam” bailando y dando saltos. Más tarde, pasó la chica platino y le sonrió. Supuso que llamaba la atención porque allí todos eran rubios.

Dan arqueó la espalda contra la barra, dio un trago largo a la cerveza y se sumergió en el ambiente.

Al poco la rubia volvió a pasar y no pudo aguantar más y le dijo:

–Estás dando más vueltas que un autobús, ¿sabes?

Ella se colocó a su lado e hizo una señal al camarero. Notó perfectamente su calor en el lateral derecho. Dan se concentró en la sugerente cremallera que llevaba en la parte trasera del pantalón y, sin tocarla, se la bajó.

–¿Cómo has hecho eso? ¿Eres el gran Houdini o qué? –dijo ella, subiéndosela de inmediato.

Él sonrió y paseó la mirada por la estancia: techos altísimos, amplios ventanales por los que todavía entraba el sol, maniqués y tejedoras antiguas; parecía que el local hubiese sido un taller de costura en otros tiempos. Como si le hubiesen leído el pensamiento, el camarero de la lágrima tatuada, corrió las cortinas de color granate que hacían juego con los sofás de piel. Le habría gustado tener una charla con él, pero al mismo tiempo le dio pereza y prefirió quedarse quieto y colocarse.

Volvió a mirar a la chica y se sonrieron.

—¿Son cocodrilos? —se interesó ella, refiriéndose a los tatuajes que bajaban por el interior de sus antebrazos.

—*Nah*, son caimanes.

La chica le quitó el sombrero y se lo puso. Dan entornó los ojos y dijo:

—Eres mi perdición.